

EL HONDO POZO DE LA NOCHE

Cuentos

Andrés F. Castaño

www.autoreseditores.com

©*Todos los derechos de autor reservados*

Bogotá D.C.

Colombia, 2016

Jorge Eliecer Pardo (escritor)

«Veo el texto y requiere una lectura más pormenorizada. Es de esos textos inteligentes y eruditos que llegan a poca gente pero que son esenciales en la literatura. Me recuerda a Borges. Veo una prosa de buen nivel y, sobre todo, una gran pretensión de acercarse a la literatura en mayúsculas. Suerte, Veré lo del 9 de abril», Mensaje vía Facebook.

Álvaro Pineda Botero (escritor)

«Hola Andrés: Pensé que iba a ser una lectura aburrida pero estaba equivocado. Felicitaciones, me encantaron tus cuentos: sólidos, eruditos, llenos de resonancias literarias, con economía admirable de adjetivos y sin adornos inútiles, y con un amplio espectro temático. El de Spinoza me pareció una especie de abrebocas para una maravillosa novela histórico-filosófica que espero escribas algún día. Menos interesante, para mí, el de los sicarios, aunque bien logrado. Estaré atento a tus nuevas creaciones».

Mensaje por correo electrónico

Estos textos surgieron de borradores, latentes en una agenda de notas desde hacía varios años. Se escribieron en su totalidad entre 2011 y 2012; se corrigieron definitivamente a finales de 2014. Son antes que nada, tentativas de estilo de preparación para acometer un género de mayor aliento, la novela. Agradezco a quienes generosamente han leído mi libro; desde aquí mi gratitud inmensa a los maestros: Álvaro Pineda Botero y Jorge Eliécer Pardo por sus comentarios recibidos y a los lectores hipotéticos, claro está.

Andrés Fernando Castaño S.

Víspera de Nochebuena

Por las ventanas sucias se cuelan los destellos de la calle. Ascuas. Como hecho peculiar, del otro lado del portón, me llegan las carcajadas de ese niño, que a esta hora siempre está llorando. Mientras aspiro hondo el humo amargo del cigarrillo, cobro conciencia: es víspera de Noche buena. No puedo negarlo: me pesa, me agobia la algazara, el latido sonoro del vecindario hostil. Me hacen sentir un poco infeliz —como si la infelicidad, igual que la injusticia, no cambiara de faz como Proteo, cada segundo—. Me tenía por un hombre recio; algo me dice que no es así. Siento que la nostalgia me oprime el corazón y quiero escuchar a mi madre y a mi padre por el teléfono; llevar sus voces nasales y quedas, en lo profundo de mi corazón. Decirles que los quiero y los extraño y que nada malo les pasará. Pero no... Si se demuestra debilidad en un ambiente feroz e indolente (un hombre corriente, como un cura por ejemplo, podría hacerlo; faltaría más que yo lo hiciera: soy un soldado, un héroe de guerra), se está perdido. Estoy recién llegado a esta pensión. Paso la mitad del día, presintiendo los tonos que la luz hace al tocar estas aristas tristes, el patético rectángulo en que se enmarcan estas cárceles urbanas. A pesar de todo el desprecio que siento por estas fechas, decido salir; bucear en la noche, beber un trago. Necesito olvidar. Un olor a pólvora me trae a la memoria las prácticas del polígono. Estruendos, un abanico de luces multicolores y un arco iris artificioso, cubren la noche bruñida.

—Tómese un trago soldado —me invita un viejo visiblemente borracho, en la tienda de la esquina. Su boca pastosa que bebe recurrentemente de la botella de un licor transparente e indefinido, me hace rehusar. Insiste—: Beba, soldado, beba que usted es un verraco —me repite mientras se golpea el pecho sonoramente con la palma de la mano.

Contengo la respiración y trago la bebida. Me quema por dentro; mi cabeza y mi cuerpo parecen vadear en ese embate de octanaje aromático. El viejo me recuerda a mi abuelo. Recuerda que él estuvo prestando a la patria sus servicios como soldado. Era el año cuarenta y ocho. La ciudad estaba aun en ruinas: sobre las piedras de una de esas casas antiguas del centro de Bogotá, en La Candelaria, dice, se pegó su primera borrachera.

—Mijo: uno se siente el hombre más valiente del mundo. Martínez: no se me va a olvidar nunca, que se llamaba el muchacho ese con el que estaba de guardia esa noche —dijo tomando un largo trago—. A las doce de la noche, hice un par de tiros al aire. «Lo va a joder mi sargento», principió a decirme Martínez. «Eso no joda —yo le dije—, que él debe andar más borracho que nosotros».

Del local entraban y salían clientes: todos saludaban al viejo respetuosamente. Tenía una cara rojiza y brillante; una nariz grande con un tono mucho más intenso, como un pimentón maduro. Arrastraba las erres, no supe bien si era por su estado, o porque sencillamente era algo natural. A los muchachos jóvenes que se acercaban a saludarlo, los

tomaba con cariño de la cabeza y se las besaba; de cuando en cuando, les ponía un billete en las manos. «Yo también tuve veinte años y un corazón vagabundo...», engolaba la voz cantando la conocida canción.

Le advertí que me tenía que ir. Negó meneando la cabeza. Pidió una botella de licor. Sacaba del bolsillo sendos cigarrillos: cuando apenas estaba terminando uno, encendía el otro con el ascua del anterior. Sus manos eran gruesas, reseca; parecían arcilla recién secada al sol. La música que sonaba en la antigua victrola era de arrabal: tangos, corridos, rancheras. A veces se quedaba en silencio o tarareaba la canción y pedía que se la repitieran.

—Voy a contarle mi historia muchacho. Cuando yo era joven así como usted, era muy bueno en las labores del campo: labraba hasta media hectárea por día, las mulas se cansaban siguiéndome el paso. Mi patrón me pagaba el salario cada semana. Entonces yo me ponía mi mejor vestido y bajaba al pueblo a tomarme unas cervezas mientras conversaba de cualquier cosa con cualquiera que se dejara charlar. Poco a poco fui conociendo a todos —hizo una corta pausa para su ritual de beber y encender un cigarrillo—. Había una muchacha muy bonita que yo veía pasar de vez en cuando por ahí: tenía el pelo largo, negro, crespo; los ojos grandes, así como les brillan a las lechuzas por las noches de luna llena; pero lo que me gustaba más de ella era su cuerpo.

»—Entonces, conversando con ella una noche, me dijo que la acompañara a su vereda. Nos fuimos por un camino empedrado. Yo me descalcé para sentirme más cómodo. Casualmente esa era una víspera de navidad también —alzó la vista al bombillo amarillento, como evocando el relato—: me acuerdo que un globo rojo flotaba en esa noche llena de estrellas, junto a una luna grande y redonda. Y los ojos de ella también brillaban como si tuvieran puras flamas de fuego que nos alumbraban el camino por donde andábamos. De pronto me dijo que tenía que enseñarme una cosa. Entusiasmado, me imaginé que íbamos a consumir algo o que por lo menos un beso nos íbamos a dar. «¿Y usted es mujer casada o soltera?», le pregunté. Ella me cogió de la mano y subimos hacia la montaña por un sendero. La luz de la luna era lo único que nos acompañaba; era un silencio grandísimo: sólo se oía la música de los grillos. Cuando llegamos a un claro, ella se arrodilló y me dijo que hiciera lo mismo. Empezó a abrir un hueco en la tierra con sus manos. Sacaba puñados y los iba echando a un lado.

Me sentía borracho, pero todo lo que estoy contando aquí, fueron las mismas palabras que el viejo me dijo esa noche:

—Entre los dos empezamos a hacer un hueco grande, más o menos del tamaño de un perro mediano (mientras el viejo me contaba, destapó la segunda botella de esa noche). Yo le pregunté que para qué era el hoyo

que estábamos haciendo. «Usted no pregunte. Haga lo que yo le diga», me dijo la muchacha.

—Dígame: ¿usted que habría hecho? —la pregunta del viejo me tomó por sorpresa.

—La verdad... no sabría decir qué habría hecho —respondí—. Pero lo que no entiendo es, ¿a qué viene este cuento que me está contando usted? El viejo me miró con los ojos achinados que tenía, cuestionándome. Indagándome seguramente, porque pensaba que yo era igual que todas las personas que conocía y a los que se atrevió a contarles el relato: lo tomaban como un viejo loco, un anciano que inventaba disparates para poder tener con quien conversar y que además lo lidiaran en su embriaguez consuetudinaria. El viejo tomó aliento y prosiguió:

—Entonces, me dijo la mujer: «Es suficiente». Luego, cuando llegamos al mismo sitio en el que el camino se dividía en el sendero, me dijo que nos viéramos en el mismo lugar. Le pregunté que cuándo. Dentro de un año preciso, me contestó sin decir más. Me lleve la mano a la cabeza y me sacudí los pelos. Yo no estaba borracho. De un momento a otro la muchacha se desapareció en la noche. Al otro día fui a buscarla al sitio donde nos vimos. Era como si la tierra se la hubiera tragado: nadie daba razón de ella. Imagine lo que uno puede pensar... Pero yo recorrí al otro día el mismo camino de esa noche, pero el sendero por el que subimos a la montaña y no lo encontré. Yo conocía palmo a palmo cada una de las

veredas del pueblo. Tenía que esperar un año entero para volverla a ver. Fueron los doce meses más largos de mi vida. A veces despertaba a media noche, pensando que estaba dentro de una pesadilla: pero lo peor de todo era que no. ¿A usted nunca la ha pasado eso, joven: pensar que esta realidad es como un sueño del que en algún momento uno se tiene que despertar? Al fin y al cabo eso debe ser la muerte: despertarse de la pesadilla o el sueño de la vida; cada quien la ve como le vaya en ella.

Sin tener que decirle me quedé en silencio. El reloj casi marcaba las once y media, pero yo realmente no tenía a donde llegar a celebrar la llegada de la navidad. El viejo estaba tan solo como yo. Éramos dos parias buscando una charla furtiva para mitigar el peso de nuestras soledades. Siempre me decía mi papá, que en el momento en que uno encontrara a ese alguien que comprendiera la soledad o la pena que uno lleva en el alma, ese extraño se convierte de una manera o de otra, en parte de uno y viceversa.

—¿Usted cree en que uno tiene un destino fijo, joven? —me preguntó el viejo.

Me quedé mirando las volutas de humo que hacía el cigarrillo en mis manos. Negué con la cabeza.

—No lo sé. No soy supersticioso: la única superstición en la milicia es no fumar en servicio, porque le vuelan la cabeza. El cigarro, el punto rojizo,

puede verse a metros; un buen tirador desde un quilómetro puede dar en el blanco —repliqué, quizá groseramente.

—Bueno déjeme contarle, joven. No se preocupe que ya casi lo dejo en paz. Solamente le pido atención por unos minutos más —acotó el viejo—. ¿En qué parte iba? Ah, sí. Resulta que mi vida desde el momento en que desapareció la muchacha se me volvió un infierno. Empecé a contar los días, las semanas y los meses, para volverla a ver. Pero yo dormía sin dormir, comía sin comer, se podía decir que vivía como un ente, por y para volver a ver a esa mujer: como si de eso dependiera el sentido de mi vida. Imagínesele simplemente, muchacho.

»—Pero al fin, llegó la fecha. Un viernes de un año que no recuerdo, y que prefiero olvidar, volví a bajar al pueblo a ver si la encontraba. Cuando menos me lo esperaba, la vi. Sentada en la misma banca en la que la había visto por primera vez. Fui hasta ella. Pensó que yo no iba a ir. Esa noche era víspera de Noche buena. Recorrimos el mismo camino. Al llegar al sendero, levanté la vista al cielo pero no vi ningún globo rojo en la cerrazón del aquel cielo; tampoco había luna —el viejo empujó otro trago, exhalando una larga bocanada de humo—. Pareciera que el tiempo se hubiera devuelto. ¿Una trampa del destino? Quién sabe. En el mismo claro en que cavamos un año antes, encontramos el mismo hueco en la tierra, como si lo acabaran de cavar. En la completa oscuridad ella puso sus manos en la tierra. De repente, un brillo diminuto empezó a

crecer entre sus manos y se convirtió en una flama como si llevara una hoguera que defendía del viento.

Lo miraba extasiado. Me olvidé del tiempo y del local sórdido donde estaba escuchando aquel relato. Lo único que me preocupaba era saber a donde llevaba todo eso que me contaba el anciano.

—La llama en sus manos creció —continuó contando el viejo—. Se dio la vuelta... la muchacha que yo había conocido ya no era ella. Me pidió que hiciera lo mismo con mis manos para proteger el fuego. Empecé a temblar. «Usted es un cobarde», me dijo ella. Pese al miedo hice lo que me ordenó. El fuego se movía en mis manos como un pajarito. «Ahora usted puede ver lo que va a pasar en el mañana, en el futuro», fueron las últimas palabras de esa muchacha. Volví a ver el fuego en mis manos. Al levantar la vista para mirarla, ya no estaba.

—¿Y qué pasó luego? —me arriesgué a preguntar.

—No le hice caso. Seguí, o mejor, traté de seguir con mi vida. Pero no pude. Me despertaba a media noche a mirarme las manos. No había nada. Bajaba hasta el pueblo para verla pero nunca la volví a encontrar; tampoco el sendero.

Me quedé mirando las luces artificiales, escuchando los gritos de júbilo «Feliz navidad», se gritaba a coro. Esa era una de las navidades más extrañas la que he vivido.

—Bueno, muchas gracias por la historia, pero me tengo que ir —dije.

—Antes de que se vaya, tengo que contarle el final de la historia —contestó el viejo—: esa fue la última navidad que viví en mi pueblo. «Algo malo va a pasar», le dije a mi patrón cuando fui a cobrar mi sueldo para venir a la ciudad. Se rió. «¿Pero qué puede pasar en una navidad en este pueblo? Aquí no pasa nada», contestó. «Cosas de las que es mejor no hablar», respondí. Eso fue unos meses antes de que sucediera la muerte de Gaitán, El Bogotazo y todas esas cosas que es mejor no recordar. A mi patrón lo mataron ese día. No me percaté de lo que dije, pero fue una imagen que vino a mi cabeza en ese momento como una llamarada. Desde ese día lo supe. No entiendo quién envió a esa mujer para darme ese don: ¿Dios o Satanás?

—Dígame, ¿cómo se llama? —pregunté tras levantarme y extender mi mano para despedirme.

El viejo me tomó la mano derecha con su izquierda; metió la derecha al bolsillo y puso algo en mi palma. Pensé que era un billete.

—Eso no importa, muchacho. Lo que vemos muchas veces no se parece a la realidad; eso incluye a los nombres que nos ponen: son maneras de llamar las personas y las cosas —se limitó a decirme.

Al fin salí. He estado ebrio muchas veces, pero esa borrachera fue distinta a las demás. Por todos lados había faroles, velas y pólvora. Esa noche entré a la pensión, pero todos estaban demasiado ocupados en lo suyo para prestarme atención. En el cuartucho en el que duermo todo era

oscuridad. De pronto miré mis manos y distinguí un ascua débil. Cerré los ojos y pensé que el viejo tenía razón, que no estaba loco. Aquella luz creció hasta hacerse una llama definida entre cuyas flamas se veían pasar escenas. Me dije que todo era obra de aquel licor barato y de las artes verbales del viejo. Al otro día retorné a buscar la tienda del encuentro. Nunca la encontré.

Ahora —de manera absurda, pues no soy supersticioso— tengo miedo cada vez que las fechas se acercan a la trágica víspera de Noche buena: porque vienen a mi cabeza escenas que quisiera no poder ver y que sé, han de suceder inexorablemente pero temo contarlas porque dirán, con razón, que estoy loco.

La Geometría de las pasiones

*“Cada cosa se esfuerza, en cuanto está en ella,
por perseverar en su ser”*

*Baruch Spinoza,
Ética demostrada según el orden
geométrico
(Parte tercera, proposición 6)*

A

El reloj del ayuntamiento marcaba el comienzo del crepúsculo. La luz color sepia, cubría como manto sutil los diversos instrumentos en la estancia: lupas, lentes, microscopios y otros elementos de óptica. Los destellos de los prismas y utensilios propios del oficio de pulidor de lentes, proyectaban haces multicolores por todo el recinto confiriéndole un aura mística. Refracciones y proyecciones, convergían o divergían, según incidieran en ellos los luminosos haces, dando la impresión de que allí se llevaba a cabo uno de esos ensayos que los maestros flamencos realizaban en sus talleres de Brujas o Rotterdam, con la cámara oscura, esa impresionante y revolucionaria técnica de la ciencia óptica aplicada a la pintura.

Apilados junto al lecho que precedía aquella franciscana habitación, se veían diversos libros, manuscritos e infolios avejentados. En los lomos podía leerse: *Elementa Euclidianae, Discours sur le methode par Renatus Cartesius, Metafisica de Aristóteles, Comentaria Hebraicorum, Opera Averroensis, etc.*

Frente al amplio ventanal, lo único verdaderamente espacioso allí, absorto con sus vivaces ojos fijos de tono castaño, con su sempiterno gesto de melancolía, Baruch Spinoza (Benedicto de Espinosa como prefería en homenaje a sus ancestros sefarditas) descifraba unos complejos caracteres hebraicos. De su pipa salían ligeras volutas que lo envolvían como fantasmas perezosos. Unos ojos lo miraban desde la penumbra que empezaba a surgir. Se entreabrió la puerta; el filósofo, que seguía absorto, no escuchó el chirrido que hizo al abrirse.

—Perdonad maestro Spinoza, ¿puedo importunaros? —dijo la joven casamentera, en tono angustiado—... debo advertiros sobre algo que os concierne —susurró desde el umbral para no importunarle, con su voz suave y argentina.

Spinoza permanecía en silencio, como una estatua de sal. Su característico perfil aguileño, cobraba más intensidad con aquel tinte espectral de luz agonizante. El filósofo sólo atendía en ese instante a Aristóteles, comentado por Averroes, quien a su vez citaba al *doctor*

universalis Tomás de Aquino, en un profundo asunto ontológico. La mujer insistió, con angustia, pero era costumbre del sabio no recibir visitas mientras estudiaba; entonces abandonó el cuarto. Al retirarse, cerró la puerta cuidadosamente, con el peso de la inquietud en su corazón; por azar, había escuchado una charla inquietante que involucraba al filósofo, al pasar ante el Ayuntamiento.

El leve quejido de la puerta no quebró la concentración de Spinoza. Tras un rato, levantó los ojos del laborioso texto y entre una onírica cortina de brumas, vio el exquisito perfil femenino hundiéndose en la semipenumbra, alejándose morosamente del quicio. Sonrió. Pensó en la belleza. Pasaba sus horas embebido en la lectura, y al terminar, la realidad parecía desmoronarse en miríadas. Se asomó a la ventana, y en lo alto ya brillaba Hesperos, la estrella vespertina proclamando la noche inexorable. Si fuera un maestro en pintar con la luz, como Rembrandt, *pensó*, esa simple imagen: ese perfil, por un breve instante, sería mi epifanía definitiva...

Spinoza pensaba que todas las cosas eran manifestación de una sola: el principio de la *causa sui*, la génesis de su sistema filosófico. Algo, quizá una necesidad imperiosa de hundirse más profundamente en sus cavilaciones, lo impulsó a caminar por el mercado. Mientras el viento agitaba sus cabellos ralos, colegía sobre la manera de cuadrar el